

Vivir con fe

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

La fe cristiana no consiste solo en esperar el cielo. Consiste en empezar a vivir, desde ahora, de la vida que Dios promete llevar un día a plenitud.

El creyente camina todavía en la tierra, con sus trabajos, cansancios, pérdidas y combates. No queda fuera de la fragilidad humana. La fe no lo aparta mágicamente del dolor ni lo instala en una serenidad artificial. Pero introduce en su vida una presencia nueva. Allí donde el alma se abre a Dios, comienza una forma distinta de existencia: más firme que el optimismo y más verdadera que cualquier seguridad puramente humana.

San Pablo lo expresa con claridad al decir que, justificados por la fe, estamos en paz con Dios por medio de Jesucristo. Esa paz no es simple calma interior. Nace de saberse reconciliado, sostenido por la gracia y abierto a una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. En esa presencia interior está ya el comienzo de la vida eterna.

Por eso la fe no mira únicamente hacia el final. Abre el presente. El Evangelio de san Juan dice que quien cree “tiene vida eterna” y ha pasado de la muerte a la vida. No dice solamente que la tendrá después, sino que ya participa de ella. La vida eterna empieza como una semilla: discreta, escondida, vulnerable a veces, pero real. Crece en el alma cuando la gracia la ilumina, cuando la esperanza la sostiene y cuando la caridad la hace semejante a Cristo.

También san Pablo habla de las “arras” y de las “primicias” del Espíritu. Ambas imágenes dicen lo mismo con una belleza sobria: Dios nos da ya un anticipo de lo que un día será plenitud. El Espíritu Santo no es solo promesa de futuro; es presencia actual de Dios en el corazón del creyente. Por eso el cristiano no solo camina hacia el cielo. Lleva ya dentro de sí el inicio de aquello que espera.

La tradición espiritual de la Iglesia ha vivido esta verdad con particular hondura. San Agustín comprendió que el cielo comienza donde comienza el amor de Dios. Dos ciudades nacen de dos amores: el amor de Dios, que ordena el alma hacia la eternidad, y el amor desordenado de sí, que la encierra en lo pasajero. La diferencia decisiva no está primero en el lugar donde se vive, sino en el amor que gobierna la vida.



Santa Teresa de Jesús lo expresó desde la experiencia interior: no es necesario buscar a Dios lejos, porque Él habita en lo más profundo del alma. La oración no es evasión, sino entrada en esa morada donde la criatura descubre que no está sola. Allí, en el centro más íntimo, empieza una comunión que no suprime la peregrinación, pero la transfigura.

San Juan de la Cruz llevó esta intuición hasta su cumbre: el alma unida a Dios vive ya, en fe y amor, algo de la gloria que solo será plena en el cielo. Todavía no ve cara a cara; todavía camina entre sombras. Pero si Dios está presente, el cielo ha comenzado de algún modo, porque el cielo no es ante todo un lugar, sino la comunión perfecta con Dios.

El Catecismo de la Iglesia Católica recoge esta misma enseñanza al afirmar que, por la gracia, el hombre participa ya de la vida divina. La bienaventuranza será consumada solo cuando Dios sea visto y amado sin velo; pero esa comunión se inicia en quienes viven en gracia, amistad con Dios y caridad.

Vivir con fe, entonces, no es solo aceptar unas verdades ni conservar una esperanza para después de la muerte. Es permitir que la eternidad empiece a ordenar el tiempo. Es dejar que la gracia transforme los afectos, purifique los deseos, sostenga la paciencia y enseñe a amar. Es recibir, en medio de la vida ordinaria, una luz que no viene del mundo y que el mundo no puede dar.

El cielo no se improvisa al final. Se aprende a recibirlo desde ahora. Se anticipa en la oración, en los sacramentos, en el perdón, en la fidelidad humilde, en la caridad concreta, en cada acto en que el alma prefiere a Dios sobre sí misma.

Por eso, quien vive unido a Cristo no espera el cielo como una realidad distante. Lo espera, ciertamente, porque aún no ha llegado la plenitud. Pero al mismo tiempo comienza a gustarlo en forma de paz, de gracia, de amor y de esperanza. La vida eterna no nace de una conquista humana, sino de un don recibido. Y cuando ese don arraiga en el alma, el cielo deja de ser solo destino futuro y comienza a ser presencia escondida en la tierra.

19 de febrero 2026

